

PERCEPCIONES CONTRARREVOLUCIONARIAS. OCTUBRE DE 1934 EN EL EPISTOLARIO DEL GENERAL SANJURJO

FERNANDO DEL REY

Universidad Complutense de Madrid

I. LA ANTESALA DE LA INSURRECCIÓN.—II. LAS IMÁGENES DE LA REVOLUCIÓN.—III. LA OCASIÓN PERDIDA.—IV. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

A partir de la correspondencia personal del general José Sanjurjo Sacanell, este artículo analiza las percepciones, los comentarios y las opiniones políticas vertidas por el círculo de amistades que rodeaba a aquel militar, en su mayoría vinculadas a la extrema derecha antirrepublicana. Muchos de esos individuos eran personalidades relevantes de la vida política, militar y económica de entonces. El período analizado se extiende desde la salida de Sanjurjo de la cárcel, en abril de 1934, hasta los meses inmediatamente posteriores al pulso insurreccional planteado en octubre de aquel mismo año por los socialistas y el republicanismo catalán, un momento que se reveló crucial en la historia de España del siglo xx. El texto pone de relieve la preocupación, la fragilidad y las obsesiones con las que esas personas vivieron la gravedad política del momento, pero también las esperanzas que les deparó aquel acontecimiento decisivo en virtud de la oportunidad que supuso para culminar su estrategia de acoso y derribo contra la democracia republicana.

Palabras clave: contrarrevolucionarios; extrema derecha; Segunda República española; revolución de Octubre de 1934.

ABSTRACT

Based on the personal correspondence of General Jose Sanjurjo Sacanell, this article analyzes the perceptions, comments, and political opinions expressed by the

circle of friends that surrounded him, most of whom were linked to the extreme anti-Republican right. Many of these individuals were leading figures of the political, economic, and military worlds. The period analyzed extends from the release of Sanjurjo from prison in April 1934 to the months immediately following the October 1934 insurrection by the Socialists and Catalan republicans, an event that proved crucial in the history of twentieth-century Spain. The text highlights the concern, the vulnerability, and the obsessiveness with which these people lived through this grave political moment, but also their hope that this might provide them with the opportunity to complete their strategy of undermining and ultimately overthrowing republican democracy.

Key words: counter far right; second Spanish republic; October revolution of 1934.

La trascendencia de la insurrección de Octubre de 1934 en la Segunda República está fuera de toda duda por lo que significó de punto de inflexión en su trayectoria política. Sin menoscabo de su pluralidad, el mundo conservador se vio directamente influido por aquel acontecimiento. Es más, si decisivo resultó Octubre en la reformulación de las estrategias, divisiones o alianzas de las diferentes corrientes de la izquierda obrera y del republicanismo más avanzado, no impactó menos en el variado universo de sus antagonistas. Y lo hizo de forma traumática. Monárquicos alfonsinos y tradicionalistas, católicos populistas, republicanos conservadores y falangistas sufrieron como una auténtica conmoción (aunque también como una oportunidad) el choque de aquel desafío violento. Octubre puso contra las cuerdas al Gobierno de entonces y a la mayoría parlamentaria que lo sustentaba (radicales, católicos y liberales), pero igualmente dio pábulo a que los sectores antirrepublicanos extremistas no integrados en la misma consideraran que aquella República tenía los días contados, sintiéndose más legitimados que nunca para proceder a su inmediato derribo.

Este trabajo pretende indagar más allá de lo que ya se sabe —que es mucho— en las actitudes y percepciones mostradas en aquel contexto por los segmentos de la derecha radical, en especial los grupos monárquicos implicados desde fechas tempranas en las conspiraciones contra la democracia republicana(1). Con ese objeto, se ha buceado en la correspondencia privada del general José Sanjurjo Sacanell, parcialmente conservada de forma milagrosa y a la que se ha tenido acceso gracias a la generosidad de sus descendientes. Ni que decir tiene que, en las páginas que siguen, solo se ofrecerá la selección y exégesis de los textos más relevantes, partiendo de que no se conservan copias de las cartas remitidas por el general en el archivo familiar, salvo algún borrador contado. Es decir, el epistolario de Sanjurjo constituye un

(1) Cfr., entre otros, BLINKHORN (1979); MORODO (1980); PRESTON (1986); ÁLVAREZ REY (1993); GIL PECHARROMÁN (1994); GONZÁLEZ CUEVAS (1998); UGARTE (1998); BULLÓN DE MENDOZA (2004); CANAL (2006), y GONZÁLEZ CALLEJA (2011).

acervo documental integrado por la correspondencia que él recibió y decidió preservar, en particular las cartas archivadas durante su exilio en Portugal, destino, como es sabido, para el que partió en los últimos días de abril de 1934. Su permanencia allí se prolongó sin solución de continuidad hasta su muerte, ocurrida el 20 de julio de 1936 al estrellarse el avión que pretendía llevarlo a España para ponerse al frente de la sublevación militar iniciada días antes en Marruecos.

Las cartas de Sanjurjo guardan un enorme valor para el investigador al tratarse de documentos privados. Su principal atractivo reside en el hecho de recoger, casi a diario y con plena frescura, los comentarios, impresiones y pensamientos de muchas personalidades relevantes del mundo político, económico y militar de la época, durante un período que a la postre resultaría trascendental en la historia española del siglo xx. Sin duda, Sanjurjo fue el líder indiscutible de las derechas antirrepúblicas más combativas, aquellos grupos del espectro conservador, influyentes y poderosos —por más que electoralmente irrelevantes—, que repudiaron la «táctica» legalista auspiciada por la derecha católica articulada en la CEDA de José María Gil Robles. Al margen de sus mutuos celos y discrepancias, los militares críticos con el régimen, los monárquicos alfonsinos, los carlistas e incluso los falangistas coincidieron en ver a Sanjurjo como el salvador de una patria que consideraban en peligro de inminente disolución. En tales círculos, aquel militar apareció como el hombre providencial que había que reservar «para grandes y elevados fines», como dijera José Calvo Sotelo en mayo de 1934, recién vuelto del exilio y al poco de salir Sanjurjo de la cárcel (2).

Tal confianza se escenificó como si de un *espadón* de tiempos pretéritos se tratara y sin que su fracaso en la intentona golpista del 10 de agosto de 1932 supusiera merma alguna al respecto. Más bien al contrario. El carácter premonitorio y simbólico que los interesados confirieron a esa intentona insurreccional ayudó decisivamente a rodear al «inolvidable soldado de España», al «héroe legendario en los campos africanos de batalla» (3), de una aureola mítica y redentora que solo se esfumó tras su prematura e inesperada muerte al inicio de la guerra civil.

I. LA ANTESALA DE LA INSURRECCIÓN

Varias décadas después lo recordó Juan Ignacio Luca de Tena: durante la campaña previa a las elecciones de noviembre de 1933 «una de las banderas

(2) Lo recoge la carta de Miguel García de la Herrán, Madrid, 24-V-1934 (de una conversación mantenida con Calvo Sotelo y Antonio Goicoechea por esos días). Aunque escrita por alguien muy próximo a él, resulta muy útil la biografía de Sanjurjo escrita por ESTEBAN-INFANTES (1957).

(3) LUCA DE TENA (1973), p. 81.

de nuestra propaganda para ganar las elecciones era la amnistía» del general africanista y de todos aquellos correligionarios que habían sufrido la persecución del régimen, ya fuera por sus connivencias con la dictadura de Primo de Rivera, por el golpe del 10 de agosto o por ser estigmatizados sin más como enemigos de la República. A tal grado llegó ese compromiso que en los mítines más concurridos se prodigaron las alusiones «cariñosas» «al penado de Santoña» (4). Cuando meses después se materializó el perdón de los condenados o exiliados, sus más enfervorizados seguidores se aprestaron a recibir a Sanjurjo con los brazos abiertos y a enviarle su «leal adhesión» (5). Que lo hicieran los carlistas antes incluso de la salida del penal no debe extrañarnos, pues tales eran los antecedentes familiares de aquel general, que «se entregó al Carlismo», y «volvió a ser carlista de nuevo» como en sus años de infancia «sin dejar por eso de ser militar». Asentado en Estoril, durante todo ese tiempo mantuvo contacto permanente con Manuel Fal Conde, el joven dirigente del movimiento (6). Con todo, ante su inmediata excarcelación no solo se mostraron expectantes los seguidores de la tradición. El 9 de abril, su «buen amigo» Manuel Burgos y Mazo, el viejo político conservador dinástico, también le transmitió su alegría «porque considero ya un hecho la amnistía y, por consiguiente, su libertad» (7).

Consumada la excarcelación, en las semanas siguientes se produjo un aluvión de felicitaciones procedentes de los más dispares lugares de España, cientos de cartas de personas de la más variada clase y condición que dan muestra de la popularidad y de la densa red de relaciones orquestada en torno a Sanjurjo desde antiguo, pero más si cabe durante su estancia en prisión. No es cuestión de hacer una relación siquiera aproximada de esa correspondencia; baste apuntar que no faltaron los nombres importantes, sobre todo los de aquellos que se sentían unidos al general desde los tiempos de la dictadura o incluso desde antes. Sin ir más lejos, el hijo del dictador, José Antonio Primo de Rivera, que acababa de ser encumbrado por sus compañeros a la jefatura de Falange Española, constituida apenas unos meses atrás: «Nada de complicarle con largas cartas la alegría —no poco triste— de estos momentos. Pero usted ya sabe en qué pocos renglones se le puede decir hasta dónde llega el cariño y el respeto que le profesamos todos en esta casa». O José Yanguas Messía, que durante la dictadura ocupó el Ministerio de Estado y la

(4) *Ibid.*, p. 82.

(5) Manuel Fal Conde, Sevilla, 10-IV-1934.

(6) LIZARZA (1986), pp. 54-55.

(7) M. Burgos y Mazo, Moguer, 9-IV-1934. Mucho se especuló en su día sobre su implicación en el golpe del 10 de agosto. Cfr. ÁLVAREZ REY (1993), pp. 241-275, y TOWNSON (2002), pp. 163-180.

presidencia de la Asamblea Nacional Consultiva entre 1927 y 1929, viéndose obligado por ello a refugiarse en Lisboa al proclamarse la República: «mis pensamientos y mi corazón, como los de tantos y tantos españoles, le siguen y acompañan desde esta tierra española que tanto debe a su patriotismo y que algún día habrá de hacerle cabal reparación». Al tiempo que Sanjurjo optó por exiliarse en Portugal, Yanguas retornó a España, siendo entonces cuando recuperó su cátedra de Derecho Internacional en la Universidad Central de Madrid (8).

Sin la efusividad de los más entusiastas y cuidándose mucho de emitir juicio político alguno —constante perceptible siempre en su correspondencia—, en la lista de adhesiones no faltó tampoco la de «su buen amigo y subordinado» el general Francisco Franco, que en ese momento se hallaba destinado en la comandancia militar de Baleares: «Al agradecerle su atención de telefonarme con motivo de mi ascenso, le envío mi cariñosa felicitación por la Amnistía, la que aun cuando no sea completa, le permite al menos recuperar su libertad y poder empezar a normalizar su vida. Mucho celebraré que el tiempo complete la obra de olvido que ahora se inicia y puede (*sic*) Vd. nuevamente volver a prestar en activo sus valiosos servicios a la Patria» (9).

La transmisión privada de apoyo se vio acompañada de la exteriorización pública del mismo, tal como ocurrió en la cena que el 20 de mayo organizó la sociedad cultural Acción Española en el hotel Palace de la capital para celebrar el regreso de Yanguas y Calvo Sotelo. De nuevo la figura de Sanjurjo se hizo presente en medio del fervor desbordado del público asistente: «El número de comensales, mayor de 700, tributó una ovación acaloradísima, con verdadero entusiasmo, cuando pronunciaron su nombre, en discursos verdaderamente magistrales, Víctor Pradera y Calvo Sotelo, todos en pie aplaudiendo con ganas, escuchaban el recuerdo que le dedicaban dichos dos» (10). Pero la atracción de Sanjurjo trascendía los medios del monarquismo alfonsino, del carlismo, de los militares vinculados directa o emocionalmente al 10 de agosto, o de la Falange. Incluso algunas personas de los círculos liberal-conservadores le veían como bastión y garantía de la unidad de la nación frente a lo que se estimaba potencial amenaza de la revolución social disgregadora y del «separatismo». El veterano político Antonio Royo Villanova, destacada figura procedente de la izquierda liberal y miembro ahora del Partido Agrario, representó bien esa posición, que, aunque fiel a los postulados democrático-parlamentarios y a la legalidad republicana, no

(8) J. A. Primo de Rivera, Madrid, 27-IV-1934; J. Yanguas Messía, Madrid, 24-V-1934.

(9) F. Franco, Palma de Mallorca, 4-V-1934.

(10) Un tal «Pablo», Madrid, 21-V-1934, que estuvo presente en el acto. CUEVAS (1998), pp. 239-241.

descartaba una salida de fuerza en caso de tener que defender la integridad de España. Royo Villanova se había implicado a fondo en la campaña que se orquestó contra el proyecto de Estatuto de autonomía catalán en los meses previos al golpe del 10 de agosto de 1932:

«Yo creo que no está V. en disposición de retirarse. Precisamente yo me oponía a la candidatura de V. para conservarle como una figura nacional por encima de todos los partidos. Creo que los enemigos de España son la anarquía y el separatismo y si hubiera de constituirse un gobierno de fuerza para combatirlos con eficacia V. está llamado a ser lo que fue el Duque de la Torre después del golpe de 3 de Enero, lo que fue Martínez Campos durante la Monarquía y lo que hubiera sido Primo de Rivera si se hubiera retirado a su casa después de la toma de Alhucemas» (11).

Por más que Sanjurjo fijase de inmediato su residencia en las proximidades de Lisboa, no dejó ni por un instante de estar en comunicación con España a través de sus muchos informantes y de las personas que periódicamente le visitaban. A falta de sus propios escritos, las cartas que conservó el general sirven al historiador de caja de resonancia para pulsar cómo se vivieron en los ambientes antirrepublicanos los vaivenes políticos del país. Pese a que la victoria de las fuerzas de centro y de las derechas en las elecciones de 1933 propició un significativo cambio de rumbo bajo los gobiernos del Partido Radical, los monárquicos más recalcitrantes no se sentían para nada cómodos en el nuevo marco político. En ese sentido, no hicieron de antídoto ni la amnistía ni el freno parcial a algunas de las reformas impulsadas en el primer bienio. La colaboración de la CEDA con Lerroux —traducida en el apoyo parlamentario a sus gobiernos— les producía enorme inquietud y preocupación al no ver claro eso de la *táctica* y el posibilismo como forma de subvertir las bases fundacionales de la República. Al contrario, les angustiaba pensar que por ese camino pudiera consolidarse alguna forma de república conservadora. De ahí que la desazón se apoderara de muchos de ellos. Por ejemplo, el general Manuel Goded le manifestó aquel verano a Sanjurjo su «intranquilidad» y falta de sosiego «espiritual» «al presenciar esta disolución de España». En cierto modo, Goded envidiaba a su antiguo compañero de batallas, como le confesó asqueado por los derroteros que había tomado la política española, para la que no veía salida ni a corto ni a medio plazo: «Ciertamente estuvo V. acertado al marcharse de España y no debe V. pensar en volver en mucho tiempo. Yo lo que siento es estar ligado por los estudios de mi hijo Enriqueito y la edad avanzada de mi padre que me impiden mar-

(11) A. Royo Villanova, Madrid, 5-VI-1934.

charme de España para no volver y olvidarme de que soy español pues me da vergüenza serlo» (12).

Si los monárquicos autoritarios no veían el horizonte despejado ello tenía mucho que ver con la falta de unidad en el campo conservador, con el riesgo de que la CEDA se integrara en el sistema por la vía de la colaboración con los radicales, e, igualmente, con la no aceptación por parte de los católicos populistas del liderazgo de José Calvo Sotelo, a juicio de los monárquicos el único prohombre capaz de cerrar el paso a la revolución social y a las fuerzas secesionistas empeñadas en la destrucción de España. En este discurso, que reflejaba convicciones profundamente arraigadas, el binomio revolución/separatismo siempre se mostraba indisolublemente unido. Así lo vio Eduardo Aunós, el que fuera ministro de Trabajo durante la dictadura de Primo de Rivera y copartícipe en múltiples decisiones con el político de Tuy. Como tantos de sus correligionarios, Aunós consideró que Sanjurjo, a no tardar, sería la baza a esgrimir si el panorama no cambiaba. Y no había indicios en ese sentido, alguna señal que apuntara a terminar con:

«las actuales discordias, inspiradas solo en personalismos estúpidos y en mezquinas prevenciones partidistas. A mi juicio aún no hemos sufrido lo bastante para que se levante la bruma que ahora ciega a quienes se hallan más interesados en salvar el navío nacional de la catástrofe que le amenaza y sin embargo hacen todo lo posible para hundirle más. Ejemplo de ello es el silencio que se hace en torno a los buenos e inspirados deseos de Calvo Sotelo por hallar un terreno de inteligencia entre todos los sectores nacionales capaces de coincidir en un anhelo constructor evitando el desgarramiento interior a que nos conducirán el socialismo y el separatismo, cada uno en planos distintos pero convergentes en el propósito de llevar al país hacia su anulación, por los caminos de la guerra social y la pulverización de la nacionalidad.

Cuide su salud, que es ahora lo principal, pues no dudo que la patria necesitará de sus servicios en plazo breve» (13).

La percepción de que España se encontraba en aquel verano de 1934 al borde de la descomposición nacional y a punto de precipitarse en «la ruina y el caos soviético», y de que solo un hombre providencial podría evitar ese desenlace, no fue cosa de unos pocos individuos aislados. Muchos de los comentarios utilizados por los amigos y correligionarios de Sanjurjo apuntaban machaconamente en la misma dirección. La inusitada conflictividad laboral extendida por todos los ramos productivos, la experiencia concreta de la huelga general campesina de junio —por más que derrotada—, la agitación y

(12) M. Goded, Madrid, 29-VI-1934; la intranquilidad, en Id., El Escorial, 8-VIII-1934.

(13) E. Aunós, París, 1-VIII-1934.

el ruido alentados desde varios meses atrás por los socialistas en sus medios y en la calle, así como el pulso mantenido por el Gobierno central con el nacionalismo catalán republicano (la Esquerra controlaba la Generalitat) y el nacionalismo vasco (pleito de los ayuntamientos) por fuerza tuvieron que mediatizar esos mensajes canalizados en las fronteras de la privacidad. Lo llamativo, insistamos en ello, es su calcada reiteración al margen de que los mismos respondieran a iniciativas individuales de imposible coordinación previa. Con toda seguridad, los clichés reproducidos nacían de las fuentes que alimentaban esa particular socialización conservadora, esos círculos sociales y culturales proyectados en medios como *La Nación*, *El Siglo Futuro*, *La Época*, *Informaciones*, *ABC* o *Acción Española*, amén de la prensa de irradiación regional. El colofón siempre era el mismo. Tarde o temprano, Sanjurjo tendría que retornar para sacar a España del desbarajuste en que supuestamente se había metido:

«Las noticias de España son desconsoladoras. Huelgas y demostraciones subversivas atentando contra la libertad que por lo visto solo quieren adaptada a su medida y para su exclusivo uso, víctimas inocentes ajenas al desorden, atracos criminales, escondrijos de armas y explosivos para uso destructor, y un estado de ánimo que parece absorbido (*sic*) por una ola de locura contagiosa que lleva a la patria al caos de la descomposición nacional.

Mientras tanto el funesto pacto de San Sebastián está dando sus frutos en Cataluña, donde un gobierno desorbitado lleva a la región a la guerra civil, con la separación y ruina económica como resultado natural.

Creo honradamente que si un gobierno fuerte no pone coto a tantos desmanes imponiendo el orden y llamando a la cordura del país, se va precipitando a la ruina y caos soviético.

Esperemos que el buen sentido se imponga, curando de algún modo este sarampión anárquico, y que como en Covadonga o el 2 de Mayo surja otro alcalde de Móstoles llamando a los patriotas para volver a reconquistar a España.

[...] Yo le deseo que viva sereno y tranquilo con su familia disfrutando la dulzura del hogar, hasta el día en que la patria le imponga un nuevo sacrificio reclamando sus servicios» (14).

En tonos menos apocalípticos que en la carta anterior, con más agudeza y capacidad de análisis, parecidas inquietudes también las proyectó Emilio Mola en su correspondencia con el militar exiliado en Portugal, incidiendo en los mismos códigos descritos por unos y por otros: la imagen de un Gobierno impotente para sobreponerse a las fuerzas de la oposición, los so-

(14) J. A. Martínez, Spurr, 18-IX-1934.

cialistas en primer lugar; los nacionalistas catalanes y vascos cada vez más crecidos frente a un Estado puesto contra las cuerdas; la imposibilidad de normalizar la política española; la amenaza en modo alguno despreciable de que España se adentrara por la senda del soviétismo; el cáncer de los personalismos omnipresente en el campo conservador minando toda vía para constituir un bloque sin fisuras frente a los enemigos... Siempre las mismas líneas discursivas. Para Mola, los gobiernos del Partido Radical —ni siquiera al albur del apoyo parlamentario de la CEDA— tampoco habían sido garantía de tranquilidad y sosiego, con la diferencia, respecto a otros referentes de Sanjurjo, de que todavía le concedía cierto crédito a Lerroux en su estrategia e intenciones. Implícitamente, se deduce que Mola aún no descartaba que fuera factible una República de orden. Y es que para él, como para muchos otros militares, no era tan importante la forma de Estado como la preservación de la estabilidad y la integridad de la nación, elevada a la categoría de valor absoluto e indiscutible. Tales premisas resultan claves para entender ese mundo militar, que a priori no compartía tanto una vocación golpista unívoca como los agravios generados en su estamento por las reformas del primer bienio y la socialización en ideas madres como la defensa del orden o el abierto rechazo al separatismo y al obrerismo revolucionario:

«En cuanto a la situación política, nada puedo decirle que Vd. no sepa. El Gobierno —al que desde luego animan los mejores propósitos— se ve acosado por los manejos izquierdistas en maridaje con los socialistas; tiene el grano de Cataluña cada vez más hinchado y, para colmo, ahora se le presenta el pleito de las Vascongadas que andan agudizando los elementos enemigos de la situación. Todo ello impide que la vida nacional pueda desenvolverse como es debido.

Creo que desde la implantación de la República se vienen cometiendo errores que dificultan su definitiva consolidación, que han hecho daños grandes al régimen y, sobre todo, a la nación. No veo, por otra parte, que los partidos extremos estén dispuestos a dar una tregua para la normalización de la vida española, ni veo tampoco a este Gobierno decidido a dar la batalla de una vez, eso que hay elementos en él que estimo tienen energía y saben lo que se traen entre manos. Y no hay que darle vueltas, más pronto o más tarde, tendrán que dar la batalla al socialismo y organizaciones afectas o simpatizantes si es que no quieren que España caiga en la desdichada situación del pueblo ruso. Es una verdadera desdicha que no se piense un poco más en España y bastante menos en los personalismos» (15).

Lejos de aplacarse, el pulso político del país se aceleró conforme avanzó el verano. A finales de septiembre sonaron todas las alarmas en los círculos

(15) E. Mola, Madrid, 12-VIII-1934.

conservadores, convencidos de que los socialistas iban a tomar la iniciativa, más pronto que tarde, de intentar conquistar el poder por la fuerza. La retórica sumamente agresiva que estos venían alimentando desde un año atrás, sobre todo tras perder las elecciones en noviembre de 1933 (16), hizo que sus adversarios más intransigentes se mantuvieran alerta y preparados para cuando llegara esa ocasión. Lejos de despreciarlas, se tomaban muy en serio las amenazas y la guerra declarada a la *democracia burguesa*, de la que los socialistas habían decidido desligarse. No porque a los monárquicos autoritarios, obviamente, les interesara esa democracia, sino por la situación caótica que se podría crear de no frenar a los revolucionarios. Tras salir con vida del atentado que sufrió por aquellas fechas, Pedro Sainz Rodríguez reflejó muy bien por dónde creían ellos que iban a salir los socialistas: «A mi regreso de Santander me encuentro con su amable carta protestando del frustrado atentado de que se me ha hecho objeto en aquella provincia, donde, como en toda España, existe un salvajismo social que es preciso acabar muy pronto. Ya está Vd. viendo lo de estos días. El socialismo perfectamente organizado para el asalto al Poder.» Si bien el diputado monárquico se lamentaba de la hipotética tibieza con la que intuía que actuaría el Gobierno radical para aplacar la cantada insurrección obrera, no descartó que, bajo la inspiración autoritaria que él y sus homólogos encarnaban, se abriera la puerta a una opción represiva más drástica: «Pero sus jefes [de los socialistas] no irán al Dueso. Es decir, no irán por ahora... nosotros los mandaremos a lugar más seguro» (17).

A finales de septiembre le escribió a Sanjurjo su fiel amigo Emilio Esteban-Infantes —otro de los militares condenados y expulsados del Ejército por el 10 de agosto—, que le hizo un diagnóstico similar al de Sainz Rodríguez, aunque en su caso bebía de los acontecimientos presenciados personalmente en la capital de España. Desde bastantes meses atrás, Madrid se veía afectada por una fuerte agitación sindical, trufada a su vez con los enfrentamientos entre falangistas e izquierdistas, que durante el verano dieron pie a varios choques sangrientos (18). Esteban-Infantes atisbaba las maquinaciones socialistas detrás de toda esa agitación, deudora a su juicio de una organización bien engrasada. Todo auguraba que pronto podría producirse un estallido de envergadura. Se respiraba en el aire y cualquiera

(16) Sobre la radicalización socialista, remito a los conocidos trabajos de E. Malefakis, S. Varela, P. Preston, A. de Blas, D. Ruiz, S. Juliá, M. Bizcarrondo, J. M. Macarro, F. del Rey, etcétera.

(17) P. Sainz Rodríguez (Madrid), 20-IX-1934. De consulta obligada, Sainz Rodríguez (1978).

(18) JULIÁ (1984) y SOUTO KUSTRÍN (2004).

podía detectarlo, salvo que se viviera en la feliz inconsciencia de los que, voluntariamente ciegos, seguían la táctica del avestruz. Merece la pena reproducir su densa reflexión y las experiencias que vivió en directo aquellos días al término del verano:

«Por los periódicos estará V. informado perfectamente de cuanto ocurre y de lo que puede ocurrir. La gente está muy alarmada y temerosa [...]. Hay un no sé qué en el ambiente que lo hace pesado como en vísperas de tormenta; y gracias a Dios que las autoridades toman medidas algunas acertadas, indiscutiblemente, que constituyen una garantía para el vecindario. Mas las raíces del problema están tan hondas que no se llegó a ellas, ni se podrá llegar por procedimientos normales [...]. En la pasada huelga general me encontré casualmente en algún episodio y regresé a casa con muy mal sabor de boca. Al ir a buscar por esas calles de Dios pan para mi gente presencié en las primeras horas de la mañana el aspecto de las calles invadidas por socialistas en actitud expectante después de haber hecho paralizar totalmente la vida de Madrid. Para un buen observador no pasó desapercibido cómo había perfecta organización en los grupos y cómo jóvenes en bicicleta transmitían las órdenes. Al adelantar el día hubo un poco de reacción y las calles tomaron otro aspecto sobre todo cuando empezaron a circular los autobuses y algún tranvía conducidos por guardias de asalto e ingenieros militares. En plena Puerta del Sol oí al paso mueras a España seguidos de unos disparos que despejaron rapidísimamente. Me cogió en el centro y menos mal que la cosa no pasó a mayores. Por la tarde al ir a hacer una visita por Quevedo presencié un encuentro con la Guardia civil que como siempre estuvo muy serena y enérgica al mismo tiempo» (19).

Teniendo en cuenta la distancia y el exilio, no deja de sorprender la rica y densa red de informadores de que disfrutaba Sanjurjo, la puntualidad con la que recibía las noticias de primera mano, y cómo sus amigos y allegados sabían transmitirle los datos esenciales que atañían al momento político cotidiano. En vísperas del estallido insurreccional del 4 de Octubre (aunque con algunos días de retraso), Sanjurjo estuvo al tanto perfectamente de lo que sucedía en España, pero no solo en relación con los acontecimientos de la calle, que podía pulsar a través de los muchos periódicos que devoraba todos los días en Estoril, sino incluso de los movimientos más privados de las personalidades cuyos pasos podían interesarle. Así, el 28 de septiembre se le dio cumplida cuenta del viaje realizado a Barcelona por Manuel Azaña y algunos de sus amigos políticos más íntimos, con motivo del entierro del

(19) E. Esteban-Infantes, Madrid, 20-IX-1934.

que fuera ministro de Hacienda en el Gobierno provisional de la República, Jaime Carner, muerto dos días antes:

«Mi queridísimo Gral. y amigo: acabo de llegar sano y salvo en casa (*sic*), cosa que no creía, pues cuando estaba en el expreso de Barcelona, vi llegar al Buda Azaña, acompañado de su corte de malvados que también iban a Barcelona, Prieto, M. Domingo, Casares Q., F. de los Ríos, Bello, que por lo cierto es más que feo, y qué sé yo más, con tal nefasta compañía, quién cree poder llegar bien a su destino, suerte que me encomendé a San Antón, y no pasó nada, solo que me pasé de cenar para no tener que comer en el mismo coche que comían tan asqu. (*sic*) tipos [...] En estos momentos por Radio oigo a Cambó en un gran discurso y pide que se apodere otra vez del orden público de Cataluña el Gobierno central. La cosa está que arde» (20).

La situación, efectivamente, se percibía muy tensa, como dibujó en sus palabras el remitente de Sanjurjo con ese despliegue de animosidad manifiesta hacia los líderes del republicanismo de izquierdas y del socialismo, arremolinados en aquel tren en torno a Azaña. Unos días después, el fuego prendió con fuerza, una vez que Lerroux se plegó a las presiones de Gil Robles para, el 4 de octubre, constituir un Gobierno de coalición en el que entraron tres hombres de la CEDA. Los socialistas y la izquierda republicana catalana decidieron romper las reglas del juego. Aquella misma noche se declaró una huelga general —con visos de revolución en muchos sitios, en particular en el norte— y, dos días después, se proclamó el Estado Catalán dentro de la República federal española. En el campo conservador, las voces más pesimistas vieron confirmados así sus peores augurios. El socialismo saltaba de la retórica incendiaria a la acción armada y los «separatistas» no tenían empacho en proclamar su Estado propio saltándose cualquier atisbo de legalidad, todo ello frente a un Gobierno legítimo que tenía detrás una abrumadora mayoría parlamentaria forjada en las urnas apenas diez meses antes (21).

II. LAS IMÁGENES DE LA REVOLUCIÓN

El general Sanjurjo recogió múltiples testimonios sobre la insurrección de octubre de 1934, muchos de ellos de personalidades relevantes de la vida pública, aunque también de individuos que no tenían esa relevancia pero que vivieron en primera línea los acontecimientos, empezando por su

(20) Francisco Casals, Teyá (por Masnou), 28-IX-1934.

(21) VILLA GARCÍA (2011).

propio hijo, Justo, instalado meses antes en Barcelona para ejercer de agente de negocios. Por fuerza, las informaciones recibidas y el sesgo que le conferían sus remitentes tuvieron que influir en el ánimo del militar. El 6 de octubre, «el día de la revolución», cuando Justo iba en su automóvil en dirección a la capital catalana unos *escamots* armados lo interceptaron y, tras percatarse de quién era, quisieron detenerlo. Sin embargo, consiguió escapar en medio de una lluvia de balas: «metí marcha atrás en el coche y a toda velocidad salí. Me hicieron lo menos 140 disparos pero sin novedad nos metimos en casa». Tras pasar varias horas pegado a la radio, en la madrugada del día 7 decidió sumarse a las fuerzas de la guarnición de la ciudad leales al Gobierno: «A las 4 de la mañana hice otra tentativa para salir de casa y después de algunos sustos y carreras llegué a capitanía general donde me puse a las órdenes del general. Me recibieron todos con gran efusión y afecto generales, jefes y oficiales. Allí me quedé y poniéndome un gorro de soldado y cogiendo un mosquetón». Los sobresaltos que pasó tuvieron su compensación escasas horas después al asistir como testigo de excepción a un acontecimiento de primera magnitud: «A las 7 tuve la satisfacción de ver entrar a toda la Generalidad y Ayuntamiento esposados». Pronto, empero, se percató de que la represión de los insurrectos seguramente sería tibia: «No creo fusilen a nadie. De la Generalidad desde luego. En todo caso a Pérez Farràs. Fue un asesino pues traídoramente mató a los dos oficiales, un capitán de E. M. y un teniente de Artillería.» Justo pudo comprobar, eso sí, que el entierro de los oficiales muertos por los rebeldes sirvió para aunar voluntades entre los militares y ciudadanos allí presentes: «Ha sido una gran manifestación. Hemos enronquecido gritando ¡Viva España!» (22).

Ciertamente, la rápida rendición de la Generalitat y del Ayuntamiento de Barcelona sorprendió a propios y extraños. Tanto que, una vez liquidada la resistencia, fueron muchos los que no se privaron de hacer comentarios burlescos. Por ejemplo, el ya citado Antonio Royo Villanova, diputado agrario por Valladolid y aragonés de nacimiento, que llevaba décadas fustigando toda manifestación catalanista: «Ya habrá V. visto el ridículo en que han acabado los consejeros de la Generalidad y pensar que con ese coco han tenido amedrentados a los políticos españoles desde que murieron Cánovas y Canalejas». Más contundente aún fue otro amigo de Sanjurjo, Antonio Moreno de Guerra, director de la Escuela de Minas de Cartagena: «después de tanta bravata», «los catalanes» habían quedado a una altura inconcebible; «yo siempre esperaba que te tocaría conquistar Cataluña, pues harían honor a

(22) Justo Sanjurjo [Barcelona], 10-X-1934. Él, que también era militar, fue expulsado del Ejército como su padre a raíz del golpe de agosto de 1932.

tanta bravuconería, pero los acontecimientos se han adelantado y es de esperar que ahora el Gobierno no les deje levantar cabeza y los trate como a país conquistado.» Por su parte, desde Zaragoza el abogado J. Valenzuela no se anduvo por las ramas: «Ese episodio catalán ha sido de una ridiculez manifiesta.» En suma, todos los círculos españolistas del país, e incluso de allende las fronteras, aplaudieron con entusiasmo generalizado la rapidez con que se desplomó «el tinglado de la farsa de la Generalidad, tras las baladronadas de Companys» «y demás enanos de la venta». El clima fue de general alegría: «Al conocer por radio la noticia de su rendición tan poco gallarda lancé un ¡Viva España! y un sentimiento de gratitud y admiración se elevó de mi espíritu hacia Lerroux y hacia el ejército» (23).

De todas formas, esta euforia temprana no pudo encubrir la enorme preocupación que se apoderó de los conservadores españoles —en particular los militares— ante lo acontecido. Esta es una de las claves más repetidas en las cartas del general Sanjurjo. En su círculo de amistades se puso de manifiesto, con extrema inquietud, que la unidad de España y el orden social se habían visto al borde del desmoronamiento como consecuencia del pulso secesionista y de la intentona revolucionaria. El 9 de octubre ya lo advirtió el ingeniero y destacado monárquico navarro Ricardo Goizueta; si Cataluña no hubiera caído tan pronto, la llama revolucionaria habría prendido como la pólvora en todo el país: «Lo de Barcelona lo considero milagroso pues además de la falta de jefes revolucionarios y de la actitud decidida del Ejército, ha habido una suerte enorme que es lo que ha decidido la de toda España». El día 10, Justo Sanjurjo repitió lo mismo a su padre: «estaba muy preocupado, pues con la poca guarnición que había y sin poder traer más del resto de España por la situación que se atravesaba si estos catalanes tienen valor, se comen a la tropa y nos dan un disgusto.» Cataluña llevaba tres días «tomada militarmente por ellos, con una organización numerosa y fuerte y un armamento enorme en cantidad y calidad». El 16 de octubre, cuando ya se apreciaba que los socialistas de Asturias también estaban a punto de capitular, Tirso García-Escudero insistió en el diagnóstico: «La Esquerra en Cataluña se evaporó; si esta hubiera resistido podría haber ocurrido una hecatombe» (24).

(23) Por orden de cita, A. Royo Villanova, Madrid, 8-X-1934; A. Moreno de Guerra, Cartagena, 24-X-1934; J. Valenzuela, Zaragoza, 14-X-1934, y J. A. Martínez, Spurr, 19-X-1934.

(24) R. Goizueta, Madrid, 9-X-1934; J. Sanjurjo, cit.; T. García-Escudero, Madrid, 16-X-1934. Entre 1933 y 1934, la Generalitat de Cataluña asumió todos los cuerpos policiales (Guardia Civil, Cuerpo de Seguridad y Asalto, Mozos de Escuadra y Somatén), encuadrados por militares profesionales bajo la dirección de Josep Dencás. Las tropas del Ejército eran la única fuerza que dependía del gobierno central: CARDONA (1983), p. 202.

De todas las opiniones recogidas, las más interesantes fueron sin duda las que expusieron los militares, pues ellos mejor que nadie podían valorar los peligros a que se había expuesto el país y la debilidad de los efectivos disponibles contra los sediciosos. Emilio Esteban-Infantes, uno de sus más fieles, le reconocía a Sanjurjo que el Ejército, aunque «afortunadamente» había «respondido en su mayoría a la voz del peligro nacional», en los primeros momentos pecó de ineficacia y «desorganización». El miedo a la división de las tropas y el sentimiento de fragilidad se desprendía de sus palabras: «Dios quiso que el fantasma del separatismo desapareciera en horas, porque si no hubiera ocurrido así, en España habría ocurrido una hecatombe. La realidad ha demostrado que con dificultad, con los elementos que teníamos, puede dominarse una sola región de la Península.» (25) También Millán-Astray, el fundador de la Legión española, héroe mítico de la guerra colonial para el elemento castrense —al que no se le podía negar valor— no las tuvo todas consigo frente «a ese infierno de España». A su juicio, el problema más grave hubiera sido que el Ejército no preservara su cohesión frente a los que él consideraba enemigos de la patria, como ya ocurriera en la *Sanjurjada*:

«Si en agosto del 32 hubiese respondido el Ejército a su llamamiento, se hubieran evitado los años indignos del gobierno Azaña y los males que hoy llora el país.

Ya se ha visto que el triunfo electoral no ha servido para detener la revolución, que el Ejército era el único medio, toda vez que los gobiernos, débiles unos, y enemigos otros de lo existente, contribuyeron o la dejaron armar [...] Excuso decirte mis sufrimientos por los que pasaba sin poder acudir para oponerme de alguna manera a la revolución [...] Era con el Ejército y en la calle donde tenía que ventilarse el asunto y así ha sucedido, pero Dios quiera que las gentes no se conformen con este triunfo pues hay que tener en cuenta que cuando se abran las Cortes y hable la prensa estos odios comprimidos saldrán con más virulencia y como les dejen volver a las andadas [...] Dios ponga tiento en las manos del Gobierno y del Ejército.

Me puedes creer que no tengo afán alguno ni de volver al Ejército, pues he descubierto lo bien que se está sin mandar ni ser mandado, ni por ahora ir a ese infierno de España» (26).

Junto a las cartas, entre los papeles del general Sanjurjo se conserva un informe confidencial, sin firma y sin fecha —pero con toda seguridad escrito hacia mediados de octubre—, que se le hizo llegar a través de terceros. Posiblemente lo escribió un militar. En este informe, sumamente interesante, se

(25) E. Esteban-Infantes, Madrid, 21-X-1934.

(26) General Millán-Astray, s. l., 18-X-1934.

insiste en el delicado momento que atravesó el país y lo cerca que estuvieron el Gobierno y el Ejército de que todo se les fuera de las manos. Esa era la percepción que se les transmitía. Si bien el general Domingo Batet, jefe de la IV División Orgánica, liquidó en cuestión de horas la rebelión, su persona no le despertaba ninguna confianza al autor del informe (27):

«Ninguna situación ha sido más crítica: yo no me explico no hayan vencido en toda línea. Nunca tampoco ha tenido Lerroux más suerte. Lo de Cataluña fue una equivocación declararse independiente. No era ese su papel: si esperan 48 horas toda España hubiera estado escindida en una guerra social. Pero aun siendo prematura su declaración de independencia es increíble tuvieran tan poco aguante. Es verdaderamente milagroso. 400 hombres y 4 caños se cargaron al Estat catalán en dos horas. Increíble. Batet un héroe por fuerza; una nebulosa muy grande le rodea. Ni su guarnición ni el pueblo de Barcelona está contento con él: es Madrid el que lo ha hinchado. Espíritu guarnición Barcelona hizo el milagro.»

Aunque se estimaba que el movimiento asturiano sería derrotado pronto, la insurrección pintó muy fea, evidenciando la debilidad del gobierno pero también el desbarajuste militar y los pocos recursos disponibles en los primeros momentos, causa de que fueran muchos los muertos y heridos. A pesar de lo cual, y aunque por poco, el Ejército había salvado la situación:

«Lo de Asturias un desastre terrible. La casa de La Ina y la fábrica de harinas de Nador una tontería al lado de lo que allí ocurrió y ocurre. No quieren se sepa nada pero es inútil, son cosas que no se puede ocultar. La impotencia del gobierno manifiesta y la desorganización enorme, tropas sin víveres, municiones ni camillas ni médicos ni nada; a los 5 o 6 días ha empezado a remediarse algo. Oviedo ha ardido a los 6 días de estar los rebeldes allí. Oviedo dista de Gijón 20 Kms. Columna Bosch sin avanzar tan pronto dobló el puerto; allí sigue con los heridos en las casas sin medios de curación y más de 100 bajas [...] ya se han mandado médicos y 7 millones de cartuchos. Es natural que aquello quede resuelto en un par de días pues sobre Asturias se ha volcado todo lo que hay. Si no matan a Andrés Casaus [¿?] que era el dirigente de las Vascongadas y Cataluña aguanta o no se precipita, no sé lo que hubiera ocurrido. [...] Pero por muy mal que funcionasen los servicios por muchas deficiencias y desorganizaciones que haya habido es el Ejército el que ha salvado la situación. Han sido los restos de nuestras antiguas virtudes militares, los restos de nuestra oficialidad la que ha salvado a España. Es na-

(27) Esa percepción sobre Batet estaba muy extendida entonces entre el elemento castrense más conservador: RAGUER (1994).

tural que algo de ello refleje la Prensa pero la censura tacha cuanto sea elogio un poco caluroso del Ejército. Esa es la orden. Parece mentira ¿verdad? Pues es el evangelio.»

Pese a la unidad momentánea, al informante de Sanjurjo le preocupaba la persistencia de las divisiones y los celos entre la oficialidad militar, y más aún el hecho de que se desconfiase de los mejores mandos, es decir, desde su punto de vista, aquellos que estuvieron comprometidos en el golpe de 1932 o cuya fe republicana era dudosa. Curiosamente, de la referencia que hacía a Francisco Franco se desprende que, amén de restarle protagonismo en el diseño de la represión de la insurrección asturiana, tampoco confiaba plenamente en él, cosa distinta de Goded, que sí era incluido entre los «buenos». De hecho, la máxima responsabilidad de la acción contrarrevolucionaria la hizo recaer en el conjunto del Estado Mayor Central:

«También en el Ejército ha habido caras largas al ver que la situación se dominaba: algunas destituciones pero aún siguen en sus puestos muchos complicados en el movimiento [...] Siguen imperando los vetos a Goded y Jefes por dudar de su republicanismo. No se quiere a los buenos, aunque en la noche del sábado se pensó en ellos.

Franco está en el Ministerio desde el primer momento como asesor del ministro. Unos dicen que como tal asesor; otros como delegado de Gil Robles, y hay quien piensa que para tenerlo seguro no fuera a alzarse con el santo y la limosna. Su papel no me parece gallardo pues no manda y unas veces le hacen caso y otras no. Allá él: ha influido en algunos cambios de personas pero nada más. La dirección de las operaciones las lleva el E. M. C. que las recabó desde el primer momento» (28).

Aunque sin disponer de información tan autorizada, pero en virtud de sus vivencias o noticias particulares, desde diferentes puntos de España otros de sus allegados le reiteraron a Sanjurjo los peligros que había corrido el país. Así lo hizo desde Puebla de Alcocer (Badajoz) el abogado José Chacón Cárdenas, felicitándose de que la insurrección se hubiera circunscrito solo a unas zonas: «Hemos estado muy expuestos a que triunfara el movimiento, gracias a que Andalucía y Extremadura no respondieron

(28) Informe sin firma [¿?-X-1934]. Curiosamente, quizás con falsa modestia, el propio Franco restó importancia a su actuación en el movimiento revolucionario en la carta que envió a Sanjurjo semanas después, presentándose de nuevo como «su subordinado y buen amigo»: «no hice otra cosa que prestar mi modesta ayuda al entonces Ministro de la Guerra Sr. Hidalgo y por la cual no aspiro a ninguna recompensa, me basta la satisfacción de haber prestado en momentos difíciles ese servicio a mi Patria.» (F. Franco, Madrid, 19-XII-1934.)

indudablemente debido a la rendición tan pronto de la Generalidad, pues aquella noche todos estuvieron pendientes de la radio y como terminó a las dos horas, perdieron toda la confianza.» A juicio de otro abogado, J. Valenzuela, desde Zaragoza, los socialistas habían preparado su insurrección impunemente, pero la cosa no había ido a más gracias a que solo contaban con núcleos bien organizados en Madrid, Bilbao o Asturias: «¿qué sucederá cuando les toque el turno a los sindicalistas que dominan en todos los puntos más importantes y que también amenazan con hacer su miaja de revolución. Hemos pasado unos días de gran zozobra.» Desde Madrid, el escritor Joaquín del Moral apuntó donde más le podía doler al general aludiendo a las barbaridades que supuestamente se estaban cometiendo contra las familias de los militares en Asturias: «donde están haciendo atrocidades los insurrectos, como violar a las mujeres e hijos de los artilleros de Trubia». Desde Santoña, Rafael Gómez, consignatario de buques, le contó a Sanjurjo que el mismo 6 de octubre fue tiroteado el coche en el que viajaba con su mujer, otro matrimonio y el chofer, al pasar por Ontón, a mitad de camino en dirección a Bilbao. Mal informados sobre el inicio de la huelga, cuando les dieron el alto no pararon el vehículo creyendo que se trataba de unos atacadores. Fue entonces cuando los revolucionarios dispararon matando al chofer: «la bala cruzó por entre Paquita y la mujer de Sancifrián, excuso decirle el susto que pasamos». Por su parte, Claudio García Herrero, padre jesuita, se congratuló de haber salido ileso «de los bárbaros sucesos de Oviedo» tras haber pasado «todos los horrores de la Revolución». Nueve días estuvo incomunicado, temiendo por su vida y la de otros religiosos. El cuadro que le transmitió a Sanjurjo era estremecedor, quejándose de que la prensa no ofrecía una idea exacta de lo que allí se había sufrido, por lo que le rogaba que no se olvidase de España:

«[...] dado el constante tiroteo que había, era imposible salir a la calle; así han estado todas las familias de Oviedo, entre la vida y la muerte; nueve días de agonía, sin saber a punto fijo si morirían o no, o tendrían que abandonar la casa por miedo a que la incendiaran o la hicieran saltar con dinamita. Buscaban a los sacerdotes por todas partes y a los que encontraban o los fusilaban, o martirizaban, o quemaban vivos y crucificados, como a uno en el campo de San Francisco, o los llevaban prisioneros, como rehenes; y a pesar de todo y de haber dicho que de esta mecha no quedarían de los jesuitas ni los rabos, Dios no les permitió nos tocasen, fuera de los dos que fusilaron viniendo de viaje desde Palencia y que cogieron en Mieres, cortando a uno de ellos antes la nariz y machacándoles

a culatazos las cabezas (con ellos corrió la misma suerte un Guardia Civil). Así que ha sido un verdadero milagro el haber salido con vida» (29).

Las continuas apelaciones al inmediato retorno de Sanjurjo a España, en tanto que única personalidad pública capaz de rectificar el rumbo hacia el *desastre* en el que se había despeñado el país, constituyen otra de las constantes apreciables en su correspondencia, buena muestra de cómo reaccionó el mundo conservador que giraba a su alrededor frente al estallido revolucionario. El ofrecimiento que el propio Sanjurjo hizo al Gobierno en las primeras horas del movimiento no pudo menos que alimentar todas las expectativas y generar un entusiasmo enorme entre sus partidarios. Para estos, la insurrección de octubre de 1934 confería todo el sentido a su rebeldía de 1932: «He leído su estupendo ofrecimiento al gobierno, que me ha entusiasmado como español y como amigo. Verdaderamente, qué poco tarda el tiempo en poner las cosas en su sitio, y en dar la razón al que la tiene», le escribió Miguel Primo de Rivera desde Jerez. Esta apreciación la suscribió también Ricardo Goizueta: «Se está completando la demostración de que tuvo razón. Se proponía Vd. barrer la canalla en cuyas manos había caído España y evitar la desmembración de la Patria y empleó Vd. para conseguirlo el único medio que había, el Ejército. En efecto dos años después ha sido eso exactamente lo que se ha impuesto». Que el 6 de octubre se podía interpretar como el reverso del 10 de agosto, ciertamente, se les pasó a muchos por la cabeza: «¡Quién les iba a decir a toda esta gentuza hace dos años que estaba tan próximo su batacazo! y con este ridículo tan espantoso.» Por eso Sanjurjo debía prestarse a volver cuanto antes de su exilio: «creo que su presencia será muy necesaria [...] sería muy conveniente que fuera Vd. pensando en ello», le espetó Luis Cabanas Vallés. Y Tirso García-Escudero lo expresó en términos parecidos: «A usted le sobra talento para saber lo que debe hacer, pero yo vería con mucho gusto su regreso a Madrid». «El ejército ha salvado la situación y este no se resignará si tratan de postergarlo y colocarlo en el lugar que lo colocó Azaña desde que se proclamó la república.» En medio de la «franca reacción de españolismo integral» que se había apoderado de España, según apostilló Joaquín del Moral, «es esta ocasión de que aparezca V. por aquí [...] no hay cuidado alguno de resurrección de eso que llamamos izquierda y que no es otra cosa que la antipatria». Nunca durante la República se percibió de forma tan intensa la simbiosis entre la patria y el Ejército tal como la concebía el pensamiento más conservador. Para estos círculos, por tanto, los aconteci-

(29) Por orden, J. Chacón Cárdenas, Puebla de Alcocer, 5-XI-1934; J. Valenzuela, cit.; R. Gómez, Santoña, 4-XII-1934; J. del Moral, Madrid, 14-X-1934; C. García Herrero, Coruña, 2-XI-1934 y 30-XII-1935.

mientos que se estaban viviendo abrían un tiempo de esperanza en el que España podría recuperar de nuevo su grandeza, y los buenos militares —con Sanjurjo a la cabeza— estaban llamados a hacer realidad el sueño (30). Entre muchos otros, el periodista Rafael Esbry Sánchez, de formación castrense y que había sido durante mucho tiempo director de *El Ejército Español* y de *La Correspondencia Militar*, resumió bien un sentir muy generalizado en los medios contrarrevolucionarios:

«Querido Pepe: Ya has visto lo que ha dado de sí ese plan discurrido y realizado para hundir a España por esa chusma de marxistas y demás traidores en contubernio con los separatistas. Pero en vez de hundir a España la han levantado, pues el espíritu de las gentes que estaba tan decaído ha reaccionado de modo extraordinario después de lo ocurrido y ya parece que puede volverse a gritar ¡Viva España! Mucho me alegró saber que te habías ofrecido al Gobierno, pero ya ves, que yo sepa solo lo dijo un periódico [...] ¿No crees que quizás sea ya momento de que vayas pensando en repatriarte? Los acontecimientos han hecho que haya pasado ya el período agudo de aquellos recelos que aconsejaron en otros días tu ausencia» (31).

Sin embargo, mientras se expresaban en público y en privado todos esos entusiasmos, las cabezas más lúcidas no se hicieron tantas ilusiones. Es más, los entusiastas no tardarían mucho en seguirles los pasos, mostrando su desencanto conforme el trepidante ritmo de los acontecimientos les hizo tomar conciencia de que sus esperanzas no se materializarían mientras continuaran en el Gobierno los mismos, es decir, los radicales de Lerroux y los católicos de la CEDA, todos ellos a la sombra del presidente de la República («el Botas»), que en modo alguno se hallaba dispuesto a terminar con los que ponían en tela de juicio la integridad del país. Así pues, la *redención* de España todavía tendría que esperar un tiempo. Como le señalara a Sanjurjo su confidente en el informe reservado reseñado más arriba: «resurgió inmediatamente la política para envenenarlo todo, como lo está envenenando. Hoy

(30) Cfr. M. Primo de Rivera, Jerez, s. f. [¿?-X-1934]; R. Goizueta, Madrid, 9-X-1934; L. Cabanas Vallés, Madrid, 12-X-1934; T. García-Escudero, Madrid, 10 y 16-X-1934; E. Esteban-Infantes, Madrid, 21-X-1934; Amancio Montes, Santoña, 27-X-1934, y J. del Moral, Madrid, 1-XI-1934. El escritor Joaquín del Moral fue uno de los firmantes del manifiesto del Bloque Nacional el 8 de diciembre de 1934. Por su parte, T. García Escudero, empresario del Teatro de la Comedia de Madrid, era el propietario de uno de los dos coches que utilizaron Sanjurjo y los hombres que lo acompañaron en su viaje desde la capital a Sevilla para pronunciarse el 10 de agosto de 1932: ESTEBAN-INFANTES (1957), p. 194.

(31) R. Esbry, Madrid, 14-X-1934. Rafael Esbry (Badajoz, 27-XI-1871/Madrid, 27-XII-1934) había sido diputado liberal por Plasencia (por primera vez, en 1910, en las filas de Canalejas). Durante la dictadura ocupó un escaño en la Asamblea Nacional.

ya han pactado con socialistas para que entren al trabajo. Se ha ganado la batalla pero la guerra se está perdiendo y se perderá del todo a no tardar.» Una vez convencido de que podía dominar la situación «y con el premio gordo de lo de Barcelona», el Gobierno había empezado «a politiquear». Si por su lenidad —a juicio del informante— se le podía considerar cómplice en la preparación del movimiento insurreccional, ahora llevaba «trazas de ser encubridor». Del discurso de Lerroux en las Cortes se desprendía «un plan de constituir un nuevo partido socialista con Besteiro de Jefe y respetar el Estatut dándosele a la Lliga». Hasta cierto punto, eso era explicable porque si no la República quedaría sin contrapesos a la izquierda. «Lo triste es que por salvar a la República hundan a España. Es muy de temer, pues yo que siempre soy optimista veo la situación muy mala y presiento, si no hay rectificaciones fundamentales, una repetición de lo pasado en plazo no muy largo» (32).

III. LA OCASIÓN PERDIDA

La temprana decepción de los círculos contrarrevolucionarios vino motivada por la inaplicación de castigos ejemplares a los culpables del movimiento insurreccional y por no erradicarlos del escenario político. Pero aún más pesó la constatación de que se había dejado escapar una oportunidad de oro para reorientar el futuro del régimen hacia su rápida y definitiva liquidación. De forma paradójica, partiendo de la supuesta amenaza *fascista* representada por la formación de Gil Robles, con la que los socialistas habían querido justificar su *coup de force* y el republicanismo catalán el suyo, después de aquel otoño revolucionario la CEDA no solo se asentó plenamente en el Gobierno sino que se integró aún más en las instituciones democráticas de la República, sin que hubiera indicios de que pudiera producirse el vuelco que anhelaba la derecha radical. Si la CEDA manifestó su preferencia por un Estado corporativo y un ejecutivo fuerte a lo largo del año anterior, a partir de su entrada en el Gobierno, y desde luego en los días de la revolución e inmediatamente posteriores, adoptó una actitud claramente constitucionalista, marcando netamente las distancias con la extrema derecha (33). El complejo trípode integrado por el Gobierno, la mayoría parlamentaria que lo sostenía y la presidencia de la República —por más que entre esos tres vértices se produjeran tensiones y diferencias importantes—, salió reforzado de la in-

(32) Informe reservado citado.

(33) CALERO (1985), pp. 158-159; GIL ROBLES (1998), pp. 143-148 ss.

tentona revolucionaria. Y aunque hubo algún ruido de sables, a la postre todo quedó en nada. Para los conspiradores contrarrevolucionarios a todas luces se malgastó una oportunidad preciosa para acabar con el régimen (34).

A mediados de octubre, cuando todavía no se había liquidado la resistencia en Asturias, ya le llegaron a Sanjurjo varios mensajes desmoralizadores en el sentido apuntado. De forma alarmante, «el Botas» estaba propiciando una política dialogante con los insurrectos en las antípodas de los que abogaban por un castigo contundente: «lleno de miedo, quiere echárselas de sentimental y aplica indultos que equivaldrían a deshacer la disciplina militar y toda la labor admirable que está realizando el Ejército, a pesar de la trituración de que fue objeto por parte del maldito “batracio de las verrugas” [obviamente, Azaña]» (35). Lo peor era que «los envenenadores» y «los verdaderos culpables» se hallaban a salvo, escondidos y seguros, «o por lo menos con la vida asegurada en las prisiones del Estado», mientras los infelices intoxicados por las «prédicas fanatizadoras» morían «como fieras acorraladas sin avenirse a la razón, después de haber cometido las mayores atrocidades» (36). La voz general era de condenación y de indignación por las atrocidades cometidas: «Es un clamoreo que se oye en la calle, cafés, teatros, círculos», por eso causaba extrañeza «la lentitud» en aplicar «los castigos ejemplares», al tiempo que los ejecutores o inductores se iban escapando «por las redes de la Justicia», porque sus simpatizantes, «emboscados en altos puestos», se encargaban de «ir rompiendo mallas». Esto generaba alarma pues las crueldades cometidas —en particular las que había sufrido la Guardia Civil— no podían quedar impunes (37). Muchos habían creído que la derrota de la Generalitat y del socialismo fortalecería al Gobierno para la reconstitución de España, pero, cuando se constató que las Cortes no se abrían y que el consejo de ministros no tomaba una decisión clara sobre la aplicación de la pena de muerte a los responsables de la insurrección, el desánimo empezó a cundir. Se advirtió de inmediato que ni el jefe del Estado ni el Gobierno se decantarían por aplicar penas duras:

«[...] dudaba de que fuera cierto lo atribuido al Botas en el Consejo en que estuvo hablando tres horas sobre las sentencias. Hay quien le supone hasta dispuesto a la crisis. Figúrate cómo estará la opinión después de lo ocurrido, sobre todo en Asturias y León, y la censura no ha dejado conocer más que en parte. En Cataluña parece que la mayor dificultad nace de que Companys se ha

(34) Para esa compleja colaboración en los meses siguientes, TOWNSON (2002), pp. 315-380.

(35) Joaquín del Moral, Madrid, 14-X-1934.

(36) J. A. Martínez, Spurr, 19-X-1934.

(37) Emilio Esteban-Infantes, Madrid, 21-X-1934.

declarado único responsable y como no quieren ejecutarlo no pueden tampoco fusilar a los demás. Y todo son habilidades y largas para que la opinión se vaya distraendo y olvidando. Cuando se creyó ser solo el Botas el opuesto a las sentencias se supuso que en las Cortes obtendría el Gobierno un voto de confianza que aislaría al Botas y le obligaría a transigir, pero vuelve a hablar la Radio, son las tres y cuarto, y amplía las noticias diciendo que el Consejo ha acordado que salgan tres ministros para Asturias (Guerra, Justicia y Obras Públicas) e informen al Gobierno sobre lo ocurrido allí, y que también vaya a Cataluña el de Marina para que informe también y ver si pueden compaginar la Constitución y el ¡Estatuto! Chico lo incomprendible. Ahora que podían haberse resuelto los tres grandes problemas de España que son las Autonomías, el Marxismo y la reconstitución del Ejército, que con lo ocurrido ha recobrado rumbo de su prestigio va a quedar todo igual o peor de lo que estaba» (38).

Conforme transcurrieron las semanas, entre la extrema derecha se extendió el convencimiento de que lo de octubre iba a quedar impune. Para finales de año estaba meridianamente claro que todo el problema de España se reducía «a una invasión de cobardía en las alturas sin la más mínima reacción en nadie». Ni siquiera el apresamiento del jefe de la rebelión de Asturias cambiaría las cosas: «ya verás como tampoco pasa nada». «Y mientras tanto Azaña tan reverenciado como si siguiera mandando y lo mismo toda esa chusma de catalanes» (39). A los dos meses de ocurrir los luctuosos sucesos, la situación era «bastante peor» que la del día que se iniciaron. Nadie debería sorprenderse de que en fecha próxima volviera a resurgir el movimiento que acababa de frustrarse ante la indiferencia, las simpatías o la cobardía de los que habían olvidado «sus deberes ciudadanos», actitudes que habían impedido aplastar a los insurrectos, por más que la finalidad demostrada del Partido Socialista no hubiera sido otra «que la destrucción por el fuego, el asesinato y el robo, de todo lo existente, para cimentar en estas ruinas su gran república soviética». Una revolución social, «que de no haber prestado auxilio pleno la Providencia hubiera convertido en ruinas, sangre y fango este Solar Español, tan necesitado de mejor suerte»: «¿Qué queda que hacer o esperar en estas condiciones, mi querido D. José? ¿Tener la vista, el pensamiento y la fe en lo que quede del Ejército? [...] Dios nos ampare, si las cosas no toman otro rumbo». En la misma Asturias, donde el escarmiento había sido visible y tangible, «los mineros tienen órdenes de no entregar el armamento, resistiéndose a la acción del desarme». «He venido ayer de Madrid y allí el ambiente es que Vd. cada día está más cerca de España; y nosotros, cada día, más cerca de Vd.» (40).

(38) Rafael Esbry, Madrid, 23-X-1934.

(39) Rafael Esbry, Madrid, 4-XII-1934.

(40) General Manuel Gómez García, Sevilla, 26-XI-1934.

Si hacemos caso de los papeles de Sanjurjo, ciertamente, desde mediados de octubre cuando menos buena parte de la opinión conservadora clamaba por la dictadura militar al calor de la «gran reacción patriótica» que se había generado al hilo de los acontecimientos. Desde este punto de vista, aquel octubre fue el punto de no retorno para la derecha antirrepublicana, la confirmación del fracaso del régimen y de que la *revolución antiespañola* en marcha desde 1931 solo podía ser derrotada por la fuerza (41). La «ansiosa» dictadura quedaría legitimada *si no se hacía justicia*, es decir, si no se castigaba con contundencia y ejemplaridad a los que habían llevado el país al desastre. De hecho, tal parecía ser el pensamiento «de toda la oficialidad del Ejército y creo que de casi todos los generales». De hecho, igualmente, «el ambiente es propicio para ello. Su implantación facilísima si quisieran dos o tres personas. Pero no se ponen de acuerdo. Es posible que las cosas lleguen a tal extremo que aun prescindiendo de alguno la masa se imponga». Los «rumores» sobre un posible golpe militar abundaron en aquellos días. Que la tensión fue grande se demostró cuando, el 22 de aquel mes, el propio presidente del Gobierno, Alejandro Lerroux, se vio obligado a desmentir en las ondas lo dicho por Radio Toulouse «sobre la formación de una dictadura presidida por el general Franco». Pero el desmentido no impidió que muchos siguieran convencidos de que una salida dictatorial era el mejor remedio para impedir otra revolución de más alcance, que, esta vez sí, terminaría «con nuestra pobre España»: «Si este gobierno híbrido no hace justicia estaría justificada la indisciplina de imponérsela o tomárnosla por nuestra mano». En última instancia, los obstáculos para que «se hiciera una limpieza ejemplar» no procedían tanto del Gobierno como de los restos «del traidor pacto de San Sebastián» que aun quedaban «en las alturas», siendo el propio presidente de la República el primero que se resistía a aplicar los castigos ejemplares: «entre España y este Sr. hay una incompatibilidad manifiesta» (42).

De todas las cartas que recibió Sanjurjo en aquellos días destaca una escrita el 23 de octubre por el monárquico navarro Ricardo Goizueta (43), en

(41) CALERO (1985), p. 161; GONZÁLEZ CUEVAS (1998), pp. 259-266; BULLÓN DE MENDOZA (2004), pp. 457-470.

(42) Cfr. Joaquín del Moral, Madrid, 14-X-1934; informe confidencial, cit.; Emilio Lustán, Madrid, 19-X-1934; Rafael Esbry, Madrid, 23-X-1934; Fernando Vázquez Ramos, segundo jefe y mayor de la Comandancia de la Guardia Civil de Cáceres, 30-X-1934; José Chacón, Puebla de Alcocer, 5-XI-1934.

(43) El ingeniero Ricardo Goizueta, que en 1934 se estableció en Gibraltar como director de la *Tarik Petroleum Company*, a la postre hizo de enlace del general Mola y fue una pieza importante dentro de la trama preparatoria que condujo al golpe del 18 de julio de 1936. Durante la guerra fue el representante oficioso de Franco ante las autoridades británicas de la Roca hasta bien entrado 1937: PONCE (2011), pp. 329-330.

la que daba a entender entre líneas que, efectivamente, se había preparado algún tipo de acción —luego desechada— en los cenáculos de conspiradores de los que él formaba parte:

«Mi querido amigo: He encargado a Valentín [¿Galarza?] que le escriba con una información amplia y aunque no he leído esta voy a darle una impresión personal recogida a mi regreso.

Parece que se ha enfriado la cosa por parte de los dirigentes a los que faltó la decisión del último momento.

No es que desistan, pero antes pensaban echar a andar si se producía la pugna entre el Parlamento y el Presidente apoyando al primero y si no se producía con otro pretexto cualquiera y ahora parece que ya no se pone como condición indispensable el que tal pugna se exteriorice.

A mí me parece esto muy bien si se consigue pues no tiene duda que la actitud entonces sería bonita pero temo que esa pugna no llegue a producirse porque Lerroux que ahora está con la C.E.D.A. y agrarios unido flaqueará cuando tenga que echarse cuerpo adelante contra el presidente o incluso le bloquearía el partido y temo que entonces se haga una componenda que convierta todo en agua de borrajas.

Nosotros estaremos en todo momento en el lugar que nos corresponde ni remisos ni propicios a locuras y menos a hacerlas por intereses de otros. Desde luego no se prescindirá de nuestro servicio en lugar adecuado, ni seremos tampoco los que trabajamos solos, para los demás.

He hecho todas las visitas convenientes naturalmente por mi cuenta y no perderé el contacto para echar a andar cuando anden los demás si andan.

La cuestión viaje perfectamente resuelta si hay lugar.

El Botas en conferencias secretas con Besteiro, De los Ríos, M. Barrio, Maura y Sánchez Román. Además se asegura aunque no puedo confirmarlo que tiene a Prieto en su casa. Trabaja personalmente a algunos coroneles ofreciéndoles ascensos.

Si el complot que preparan de cordialidad republicana triunfa habrá que pensar seriamente en emigrar definitivamente pues el desastre será rápido. Procuraré dar noticias exactas sin apasionamiento en las ocasiones que se presenten y si merece la pena iré o enviaré persona apta» (44).

Una vez apagada la revuelta, a los conservadores antirrepublicanos nadie les pudo quitar de la cabeza que «el pleito de Octubre» no se había acabado, aunque «exteriormente» esa fuera la impresión. Estaban seguros de que a la primera de cambio volvería a plantearse otra intentona similar, porque

(44) Ricardo Goizueta, Madrid, 23-X-1934. Al parecer, todo el complot se vino abajo por la negativa de Franco: Payne (1986), pp. 311-312; CARDONA (1983), p. 205; GONZÁLEZ CUEVAS (1998), p. 260; BULLÓN DE MENDOZA (2004), p. 457.

los revolucionarios mantenían la convicción «de no haber sido vencidos». Emilio Mola, entre otros, reconoció que se había ganado en tranquilidad, «pero no desaparecen de mí los temores de que andando el tiempo no vuelvan a repetirse hechos como los pasados, ya que los enemigos de la Patria no desisten de sus propósitos de asaltar el Poder.» Por su lado, un Fal Conde muy pesimista concluyó que se había perdido todo el terreno ganado en el último año. En su opinión, los principales responsables había que buscarlos entre sus ex compañeros del viaje electoral de 1933: «podrá V. observar que estamos más retrasados que el 9 de agosto. Es que vamos como los cangrejos o que los cangrejos del cedismo pueden más que los corceles de la reacción y nos hacen retroceder terreno. Y eso que no dejamos de empujar, porque si paráramos, hace tiempo que nuestros antiguos aliados nos habrían consolidado y echado raíces en la Niñita» (45).

Resulta más que ilustrativo que no se hayan detectado cedistas entre los confidentes y personajes cercanos a Sanjurjo. Y aunque hubiera alguno, en el círculo más íntimo del general nadie consideraba a Gil Robles capaz de encabezar la alternativa dirigida a derribar la República que postulaban. Como demostró en ese momento su compromiso con el orden constitucional, tal posibilidad no se la plantearon los responsables de la CEDA. De modo significativo, tampoco hubo apenas cedistas entre los firmantes del manifiesto del Bloque Nacional liderado por José Calvo-Sotelo cuando se hizo público el 8 de diciembre de 1934, al que Sanjurjo, en cambio, sí se apresuró a adherirse por medio de una carta privada enviada a su líder. Gil Robles fue acusado por la ejecutiva de la nueva organización de haber roto la unidad alcanzada por las derechas durante las elecciones de 1933. Por ello, lo estigmatizaron como principal responsable de que les quedara «un regusto de acíbar en los ojos y en el espíritu». Definitivamente, a ojos de la extrema derecha, 1934 fue un «año de disoluciones y de colapsos» nefasto para España (46). En verdad, afianzada la CEDA en el poder y afirmado su maridaje con el Partido Radical, desde las aspiraciones contrarrevolucionarias el balance no podía ser peor después de la experiencia de Octubre. Poco importaba ahora que los hechos parecieran haber dado la razón a los partidarios de la solución militar: la ruptura del bloque conservador articulado con motivo de las últimas

(45) Emilio Mola, Madrid, 9-XII-1934. Cfr. también Emilio Esteban-Infantes, Madrid, 8-XII-1934 y Fidel de la Cuerda, Madrid, 13-XII-1934. Cita final, en Manuel Fal Conde, Sevilla, 30-XII-1934.

(46) Cfr. BULLÓN DE MENDOZA (2004): p. 479-480, que cita el regusto (declaraciones de Calvo-Sotelo a *La Época*). Entre las cartas de Sanjurjo se conserva un borrador de su adhesión al Bloque Nacional. Para la CEDA, MONTERO GIBERT (1977). Una visión distinta y más convincente de esa fuerza política, en ÁLVAREZ TARDÍO (2011).

elecciones generales era más profunda que nunca, como también lo eran el aislamiento y la fragmentación de la ultraderecha o las divisiones dentro del propio Ejército, ese brazo ejecutor decisivo con el que los antirrepublicanos habían pretendido culminar su estrategia conspirativa y que, en puridad, no controlaban más allá de que alimentaran vínculos personales con unos cuantos militares significativos. Por tanto, es comprensible el sentimiento de frustración que se apoderó de estos medios tras desperdiciar una oportunidad preciosa que, según creían, difícilmente volvería a repetirse. Que el tiempo y las circunstancias les dieran otra oportunidad año y medio después no le resta fuerza a esa convicción del invierno de 1934.

Para los monárquicos autoritarios, semana tras semana se sucedieron las noticias más «repugnantes» («que no hay día que no las haya»), confirmando en sus peores presentimientos: la amnistía a Pérez Farràs, el cese del implacable comandante Doval como delegado del Gobierno en Asturias, los sucesivos indultos de casi todos los condenados a muerte, el nombramiento de Manuel Portela Valladares —nada menos que un masón— como gobernador general de Cataluña, el anuncio de la libertad de Azaña porque el Tribunal Supremo («en el que tiene mayoría») había dictaminado que no había lugar para el procesamiento... El profundo malestar de la derecha no posibilista tenía su lógica. Lo ilustró muy bien el general Miguel García de la Herrán en su misiva de finales de año a Sanjurjo: «Verdaderamente que por una parte deseo que venga V. pero por otra envidia cada día más el que pueda pasar lo que le quede de vida fuera de esta España desgraciada y degenerada, que va cuesta abajo sin remedio, y en la que da asco y pena vivir.» Al menos, estos militares todavía tenían en su recámara a los combativos líderes monárquicos, los cuales, pese a quedar muy aislados y frustrados en su pretensión de conformar un gran frente contrarrevolucionario, no cesaron en su empeño de denunciar la *traición* de la CEDA y de invocar a todas horas —incansables— el «derecho» del Ejército a salir a la palestra siempre que la nación lo demandase:

«Anoche estuve en la conferencia de Goicoechea en Renovación, que estaba atestada, sin que cupiese una persona más. Estuvo formidable, durísimo con Gil Robles, al que desnudó y presentó tal cual es a la gente. En su última parte defendió de una manera brillantísima y doctrinal el derecho del Ejército a sentir y a pensar, e incluso a llegar a la violencia cuando lo exigiera la salud de la Patria en peligro. Esta parte no la publica el *ABC*, no sé si porque se lo impide la censura, o por la manía legalista del citado periódico» (47).

(47) Miguel García de la Herrán, Madrid, 28-XII-1934. Contexto general de ese mundo, en GIL PECHARROMÁN (1994), pp. 188-227.

Pero en los meses siguientes, lejos de amenguar, «el pesimismo» aumentó «en proporciones considerables». El sistema político debilitaba «todas las ansias nobles» al tiempo que fortalecía a «los enemigos de la patria», «haciendo inútiles todos los esfuerzos emprendidos por personas de indudable buena fe pero que nada pueden contra una política que es esencial a la actual estructura del Estado». Ocasión tan propicia «como la del pasado Octubre», para remontar esta curva de abatimiento nacional «que nos acosa desde hace años», había sido «un crimen desaprovecharla» y sería difícil que volviera a presentarse. Mientras tanto, los enemigos del orden continuaban «conspirando desde París y en el interior del territorio patrio alentados por la lenidad imperante». No sería de extrañar que pronto se produjera «otro estallido de la revolución». Definitivamente, para el ala radical de la derecha, después de Octubre era irrevocable la decisión de alzarse en armas contra la República, pues la relación con los adversarios solo podía concebirse en términos de confrontación. Como predijo Eduardo Aunós, cuando llegara esa hora la figura de Sanjurjo se presentaría «como un faro de salvación para todos los españoles. Dios guarde su salud y ánimos íntegramente para que en ese momento pueda rendir todo el fruto que esperamos de su temperamento maravilloso» (48). Resulta evidente que, para los conspiradores contrarios a la República, desde varios años atrás no había mejor liderazgo que el suyo. Por azares de la vida y contra todo pronóstico, al final no sería Sanjurjo la espada redentora. El accidente de avión que le produjo la muerte el 20 de julio de 1936, cuando se disponía a volar a España desde Portugal, aupó a un antiguo subordinado suyo (con bastantes menos apoyos en los medios castrenses que él) a la cabeza de la rebelión militar que acababa de estallar tres días antes. Pero esto ya es otra historia.

IV. BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ÁLVAREZ REY, LEANDRO (1993): *La derecha en la II República: Sevilla, 1931-1936*, Sevilla, Universidad-Ayuntamiento.
- ÁLVAREZ TARDÍO, MANUEL (2011): «La CEDA y la democracia republicana», en Fernando del Rey (dir.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Taurus, pp. 341-418.
- BLINKHORN, MARTIN (1979): *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica.
- BULLÓN DE MENDOZA, ALFONSO (2004): *José Calvo Sotelo*, Barcelona, Ariel.

(48) Todas las comillas, en E. Aunós, Barcelona, 17-III-1935.

- CALERO, ANTONIO M.^a (1985): «Octubre visto por la derecha», en AA. VV.: *Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión*, Madrid, Siglo XXI, pp. 158-176.
- CANAL, JORDI (2006): *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo (1876-1939)*, Madrid, Marcial Pons.
- CARDONA, GABRIEL (1983): *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI.
- ESTEBAN-INFANTES, EMILIO (1957): *General Sanjurjo (Un laureado en el penal del Dueso)*, Barcelona, AHR.
- GIL PECHARROMÁN, JULIO (1994): *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, Eudema.
- GIL ROBLES, JOSÉ MARÍA (1998): *No fue posible la paz*, Barcelona, Planeta.
- GONZÁLEZ CALLEJA, EDUARDO (2011): *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza.
- GONZÁLEZ CUEVAS, PEDRO CARLOS (1998): *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998.
- JULIÁ, SANTOS (1984): *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI.
- LIZARZA, ANTONIO DE (1986): *Memorias de la conspiración (1931-1936)*, Madrid, Dyrsa.
- LUCA DE TENA, JUAN IGNACIO (1971): *Mis amigos muertos*, Barcelona, Planeta, 1973.
- MONTERO GIBERT, JOSÉ RAMÓN (1977): *La CEDA: el catolicismo social y político en la II República*, 2 vols., Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo.
- MORODO, RAÚL (1985): *Los orígenes ideológicos del franquismo: «Acción Española»*, Madrid, Alianza.
- PAYNE, STANLEY G. (1986): *Los militares y la política en la España contemporánea*, Madrid, Sarpe.
- PONCE, JULIO (2011): «La Guerra Civil y el Peñón de Gibraltar», *Historia Contemporánea*, n.º 41, pp. 321-323.
- PRESTON, PAUL (1986): *Las derechas españolas en el siglo XX: autoritarismo, fascismo y golpismo*, Madrid, Editorial Sistema.
- RAGUER, HILARI (1994): *El general Batet*, Barcelona, Publicacions de L'Abadia de Montserrat.
- SAINZ RODRÍGUEZ, PEDRO (1978): *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta.
- SOUTO KUSTRÍN, SANDRA (2004): *Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid? Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI.
- TOWNSON, NIGEL (2002): *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936)*, Madrid, Taurus.
- UGARTE TELLERÍA, JAVIER (1998): *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- VILLA GARCÍA, ROBERTO (2011): *La República en las urnas. El despertar de la democracia en España*, Madrid, Marcial Pons.

